

Alejandro Gándara

Los textos robados a la felicidad

22 historias para vivir sin miedo



Galaxia Gutenberg

ALEJANDRO GÁNDARA

Los textos robados
a la felicidad

22 historias para vivir sin miedo

IV Premio de Ensayo Eugenio Trías

Galaxia Gutenberg



**Universitat
Pompeu Fabra**
Barcelona

CEFET

Centro de Estudios Filosóficos
Eugenio Trías

Un jurado presidido por Victoria Camps e integrado por Marina Garcés, Antonio Monegal, Miguel Trías, Joan Tarrida y David Trías, este último con voz pero sin voto, concedió a esta obra el 25 de noviembre de 2025 el IV Premio de Ensayo Eugenio Trías, que convoca Galaxia Gutenberg junto con el Centro de Estudios Filosóficos Eugenio Trías (CEFET) de la Universidad Pompeu Fabra.

Publicado por
Galaxia Gutenberg, S.L.
Av. Diagonal, 361, 2.º 1.ª
08037-Barcelona
info@galaxiagutenberg.com
www.galaxiagutenberg.com

Primera edición: febrero de 2026

© Alejandro Gándara, 2026
© Galaxia Gutenberg, S.L., 2026

Preimpresión: Fotocomposición gama, sl
Impresión y encuadernación: Sagrafic
Depósito legal: B 558-2026
ISBN: 979-13-87605-94-0

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede realizarse con la autorización de sus titulares, aparte de las excepciones previstas por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear fragmentos de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45)

*A los que en esta vida bajaron al Hades
y perdieron el miedo.
A los que esperaron a que volvieran*

Índice

Prefacio: un tesoro a simple vista	II
--	----

I

LAS PALABRAS, EL PODER

Cosas que se dijeron en el Paraíso. Génesis	19
Un ciego que no escucha su voz. Edipo	35
Los silencios del perdón. Historia de José	49
Decir, saber, hacer. Parábola de los talentos	69
Cuando el deseo es el veneno. Áyax	81
Palabras para la eternidad. Diotima	95
Interludio, 1: antes de que la ley se escriba. Kafka.	III

II

IDEALES, REALIDADES

La vida en el jardín perfecto. Epicuro	117
Los héroes no son de este mundo	137
Un dios contra el ideal. El mito de Dioniso	153
La vida no era ni esto ni aquello. Antígona	171
Interludio, 2: los ideales duelen: Sherwood Anderson.	183

Ocurrencias de Zeus sobre el dolor. Agamenón . . .	189
El yo no es el amante ideal. Safo	201
Ciudad ideal, justicia real. Platón	219

III.

TEMORES, CASTIGOS

Dios castiga a los que buscan premio. Job.	237
Tortuoso camino hasta una misma. Ifigenia	253
Interludio, 3: el miedo es el caballo más veloz.	
Cuento anónimo	271
Ni amar ni saber es para cobardes.	
Platón, Cantar de los Cantares.	275
La pólvora del castigo. Jacob	291
Contra el miedo a vivir. Eclesiastés.	309
Posfacio: veintidós motivos	
para pensar con el corazón	325
Agradecimientos.	333

Prefacio: un tesoro a simple vista

Muchas historias y textos antiguos nos hablan de la felicidad. Pero trenzada de tal modo con la desgracia y la vicisitud de la aventura humana que no es fácil distinguirla. Al final, esas historias y esos textos han sido interpretados doctrinal o disciplinariamente, olvidando que contenían una enseñanza para ser felices en un mundo tortuoso. En resumen, contenían una ética para evitar el daño –ese dolor que nos hacemos nosotros mismos por no saber tratar con el dolor– y para obtener lo mejor de la vida.

Estos textos nos han sido robados por la catequesis de uno u otro signo, por la filosofía académica, por la exégesis histórica, por la historia de la literatura o la crítica estética, por nuestra propia pereza moral cuando en realidad esconden en su interior un tesoro de sabiduría para poder vivir sin miedo y sin angustia.

Son textos antiguos, pero las voces que resuenan en ellos son las más viejas que la humanidad ha escuchado. Proceden de la incertidumbre original de los primeros seres humanos cuya conciencia los empujó a hacerse preguntas sobre su presencia en este mundo. Desprotegidos y asombrados, amedrentados la mayor parte de las veces, fueron capaces de responder honestamente y de transmitir el legado, pues les iba la vida en ello.

Solo mucho más tarde sus conclusiones se convirtieron en palabra escrita. Ya no serán nunca las mismas

voces, pero sí las mismas palabras, las mismas respuestas a los mismos dolores y miedos. La civilización ha cambiado el paisaje, pero los temblores del alma siguen agitándola. Un día de estos, las máquinas harán nuestro trabajo y fundaremos colonias en algún exoplaneta, pero el trabajo para seguir siendo dueños de nuestra vida tendremos que seguir haciéndolo nosotros.

La misión de este libro es rescatar esos textos y devolverlos a sus legítimos dueños, los seres de un día que fluctúan sobre esta tierra.

En ellos encontraremos los materiales básicos de la existencia: placer y dolor, beneficios y pérdidas, victorias y derrotas, identidad y carencia.

La vida es eso. No solo una parte de eso: todo eso. He ahí la dificultad para conjugarlo en una forma con sentido. Pero es lo que hay que hacer... cuando se aspira a la felicidad (no toda la gente aspira).

Por otro lado, nadie obtiene de la vida solo una parte del lote. Ni los afortunados ni los desdichados. A todos, más tarde o más temprano, les entregarán el lote completo. Sobre esto no vale la pena engañarse, porque es un engaño que dura poco y que, cuando cambia el signo de los acontecimientos, hace que el mal duela un poco más o que el bien no sea aceptable. Corazones rotos, dicha resentida: quién no lo ha visto.

Una vida buena, esa es la cuestión. Una vida que podamos vivir sin daño y sin desaliento, pero sabiendo que hay dolor y fracaso, y que no hay manera de evitarlos. Y que hay alegrías y triunfos, y tenemos que saborearlos, compartirlos, hacer que duren.

La felicidad no es un éxtasis ni un desbordamiento de alegría ni el cumplimiento pleno de un deseo. La felicidad es aceptar la vida con lo que ofrece y darle a eso su sentido. Precisamente, una de las formas de intensi-

dad satisfactoria la encontramos cuando somos capaces de otorgar sentido a los acontecimientos que no dependen de nosotros.

Podría decirse que la felicidad no es diferente del sentido. El sentido con su doble cara: sentir y dirección de ese sentir. El sentido verdadero se siente. No es exclusivamente intelectual ni exclusivamente imaginario, es sobre todo una conmoción en la carne. Una comprensión que parece excedernos y a la vez iluminar la existencia: colaboran lo intelectual, lo imaginario, pero también lo intuitivo, lo soñado, lo creado.

La vida es lo que la vida tiene, lo que la vida da. Podemos amarla o podemos no amarla. Eso ya es cuestión de cada uno, que habrá de evaluar lo que le ha sido concedido y si merece la pena. Sí preferiría, por ejemplo, no haber existido nunca, como el centauro Quirón, maestro de héroes.

Pero si estamos aquí, si nos hemos quedado aquí, es porque hemos llegado a un acuerdo. Y no debiera haber quejas. Tampoco grandes descubrimientos. Vendrán el bien y el mal a llamar a la puerta y tendremos que abrirla. Nos sorprenderá el momento, la escena, los personajes. Poco más tendría que sorprendernos. Cuando al ateniense Jenofonte vinieron a comunicarle la muerte de su hijo mayor, combatiente en Mantinea, contestó: «Sabía que lo engendré mortal».

Tendemos a pensar que *feliz* es exclusivamente el dichoso, el afortunado, el bienaventurado, el que colma su deseo. Como en la palabra hebrea *escher*. También en latín, *felix*, habla de la buena fortuna, pero solo después de haber dado a la palabra su significado esencial: fértil, fecundo. La persona feliz lo es por su cosecha y su cosecha depende de su naturaleza, del suelo en el que crece, de su carácter. También hay un término griego utilizado

en la traducción de la Biblia de los Setenta con el mismo sesgo, *makários*, feliz en el sentido de bendecido, y a partir de ahí acompañado de riqueza y dones materiales.

Sin embargo, la palabra que mejor abarca los contrastes de la existencia es una palabra griega mucho más antigua, usada a menudo por Sócrates y Platón, pero de dominio común por aquel entonces: *eudaimonía*. Suele traducirse por «felicidad» a secas, pero el término insinúa mucho más, como muestra su composición. La partícula *eu-* indica bondad, algo que es bueno o que está bien. Y *δαίμων* se relaciona con lo divino en formas múltiples, como dios o diosa, genio, espíritu. También es sombra, fantasma, espíritu de los muertos. En fin, todo lo que se comunica con el mundo de las fuerzas invisibles –la fatalidad, la fortuna–, incluyendo las cósmicas y feéricas. Nosotros lo llamamos demonio, lo que representa solo una variante de lo invisible.

Todos poseemos un *daimon*: algo divino respira en nosotros, tal vez un soplo del alma que inspira el universo. Por tanto, *buen daimon*: lo divino que hay en nosotros está bien, funciona correctamente.

El buen *daimon* nos permite poner las cosas en su sitio, porque transmite una noción –meramente intuitiva– de orden, de razón, de cosmos organizado en medio de la catástrofe de dolor, angustia, miedo. Lo divino que hay en nosotros está bien si su trabajo de comunicación –siempre incompleto, siempre por hacer– entre la experiencia desordenada y el orden es eficiente. Si es capaz de colocar la muerte, la pérdida y el dolor en el orden general de la existencia, del mundo, del universo. Si lo entiende, lo acepta. Sabe que es así y que no podría ser de otra manera. El *daimon* no tiene miedo a la mortalidad.

No es fácil asumir una vida que está atravesada por obstáculos en cada campo de acción (trabajo, política,

afectos); que nunca concede todo lo que deseamos y donde el deseo no es garantía de bien; donde la predecibilidad es pequeña; las pérdidas se suceden; la retribución por nuestro esfuerzo o buenas obras es aleatoria; donde es difícil perdonarse los errores y los delitos tanto como la caída de los propios ideales, etcétera.

Precisamente porque la vida está hecha a base de dificultades, la única forma de encontrar algo parecido a la felicidad es aceptar que las cosas son así y que de todas formas seguiremos nuestro camino. Lo contrario es poner condiciones a la vida para que sea soportable. Si consigo esto, si sucede esto otro, si lo de más allá tiene éxito, si la enfermedad o la muerte no golpean demasiado pronto ni demasiado fuerte a los míos; si... Como si eso fuera posible.

Nada de condiciones: son absurdas. Y la vida es sorda. En este aspecto, la Biblia es un libro profundamente moral: ninguna penalidad ni atrocidad se le escapa. Pone ante los ojos del lector o del oyente una galería detallada y abundante de las desgracias de los seres humanos sobre esta tierra. Define lo que supone este tránsito y prepara para evitar las falsas esperanzas. El triunfo consiste en elevarse sobre la calamidad, no en que no suceda.

En gran medida, la literatura y el pensamiento antiguos tuvieron por cometido pintar la crudeza de nuestra existencia sin abalorios ni mentiras piadosas. Había que educar en la frágil condición humana y en las duras circunstancias en que se desenvolvería. Había que saber desde el principio –y recordar a lo largo de la vida entera– a qué nos enfrentábamos. Sin subterfugios ni promesas esotéricas. Al final, no dejaba de ser una forma de consuelo. Al menos, en comparación con la mentira, que se nutre de la frustración.

El dolor y la muerte en sus mil manifestaciones, desfilando ante los ojos, sin escatimar miseria humana, hasta la aceptación final. Y hasta el conocimiento de cómo, en un mundo así, es posible la alegría, la satisfacción, el amor.

No es lo mismo aceptación que resignación. El resignado acata acontecimientos que rechaza esencialmente, que le parecen injustos, anómalos, arbitrarios, producto de una voluntad malévola o de una naturaleza caótica. El que acepta, en cambio, entiende que las cosas son así y que es insano o estúpido plantearse que sean de otra manera. Es más, entiende que para que su vida sea plena y tenga sentido las cosas no pueden ser más que como son.

El mortal no se vuelve dichoso creyéndose o esperando ser inmortal, sino obteniendo de su mortalidad todo lo que ella pueda darle: placer, superación, valor, conocimiento, amor. Sin muerte en el horizonte, la vida no entregaría ninguno de esos dones. El que quiere cambiar la muerte por la inmortalidad deja de atender a los regalos de esta vida en la espera de un regalo mayor que, por mucho que crea en él, ignora si se realizará y de qué modo. Quien siente así, ya no está entre nosotros y su única aspiración es que haya otro lugar mejor en alguna parte. Una forma de desconsuelo.

Somos mortales. Todo está bien.

I

Las palabras, el poder

Cosas que se dijeron en el Paraíso

Todo lo que tienen que saber se desarrollará
ante sus ojos, y ellos no verán nada. Así es preci-
samente.

CHRISTA WOLF,
Cassandra

Esta historia tiene un principio antes de su principio, el principio de todo. Es el comienzo del libro sagrado judío y cristiano, de la sección llamada Torá o Pentateuco, cuyo título es *Bereshit* en hebreo y *Génesis* en griego y en la tradición posterior. Vamos a hablar de un Paraíso en la tierra, de un jardín en Edén, y de los árboles que allí plantó su autor. Así que tendremos que hablar del autor. Y de la clase de obras que realiza este autor, atravesadas de oscuras razones. Una oscuridad que pasó a sus criaturas. El autor era Dios, Yahvé, Elohim, Sadday, Adonai..., pero uno solo en sustancia.

Es una historia que nos importa mucho, pues dice algo sobre los límites de lo que podemos llegar a saber, sobre el daño que podemos hacer por no respetar esos límites y de la felicidad que entonces, en el caos de dolor que provocamos, huye de nosotros.

Vamos a quedarnos con uno de los nombres del autor, Dios. Aunque, según los místicos, el verdadero nombre de Dios es el que se escucharía pronunciando todas las palabras de la Torá a la vez. Más que un nombre es un signo. Indica que va a hablarse de él, aunque él no está en el nombre ni el nombre dice nada de él. Dios, vale.

Bereshit, es la primera palabra del principio de todo y, naturalmente, significa «en el principio». En la literatura antigua, la primera palabra es el título de la obra, y su tema. «La cólera canta, oh diosa, de Aquiles el de Peleo». Así, es la cólera (*μῆνιν*) el título/tema de esa obra que conocemos con el nombre de *Ilíada*, puesto más tarde.

Del mismo modo, «en el principio creó Dios los cielos y la tierra». Pero, según lo que sigue en el relato, algo no salió bien, pues la tierra era caos y confusión y oscuridad por encima del abismo. O se trató simplemente de un primer paso, algo así como almacenar los materiales necesarios para la obra que iba a hacerse más adelante. Vamos a inclinarnos por la primera opción, la que dice que le salió mal, porque en otro caso no se habría escrito ese otro versículo, pavoroso, en el que «un viento de Dios aleteaba sobre la superficie de las aguas». Caos, océanos en la oscuridad, abismo, viento. Están lejos de parecer simples materiales de obra que esperan la llegada de los operarios. Si son materiales de algo lo son de una pesadilla, de un fracaso. Algunos dicen que, antes de este, Dios creó otros mundos, pero no le satisficieron y los destruyó. Bueno, a este nuestro le ha faltado poco. Escasas páginas después de haberlo creado, le envía el Diluvio Universal. Otros dicen que esta es una primera creación y que luego viene la otra, la de los días, la del «dijo Dios», «hágase», «y amaneció y atardeció, día...». En conclusión, que hay dos creaciones.

No hace falta hacernos los psicólogos para observar, en todo caso, que este Dios no es un ser compacto, sublime, puro, unívoco. Más bien, con su divinidad y todo, es un ser que tiene conflictos. Como todos los creadores, por otra parte. Y como todo quisque.

El principio, el principio de todo, es una creación oscura, temible. Luego, sin saber cómo ni por qué, hay otra creación, más luminosa, ordenada, planificada. Aunque no completamente.

Es verdad que sus etapas se cuentan por días, que se reflexiona sobre lo hecho («y vio Dios que estaba bien»), que los objetos creados son nítidos, concretos, perfilados, que se les da nombre («y llamó Dios al firmamento “cielos”»). Pero también es cierto que junto a cada cosa buena, es decir, ordenada, definida, el autor suele dejar algo del antiguo caos, algo que da miedo, algo que llega desde el lado tenebroso.

Así, por ejemplo, hace la luz, pero en realidad lo que está haciendo es apartarla de la oscuridad, de aquella oscuridad abismal de la creación mala. Pero tampoco expulsa a la oscuridad, sino que la transforma en noche. Y la deposita junto al día. No tendremos luz, sino luz y oscuridad.

Hará el firmamento (lo forjado, afirmado a golpes), para separar las aguas inferiores de las superiores. No son aguas creadas, aguas nuevas. Son aquellas sobre las que soplaba el espíritu o el viento de Dios: *rúah Elohim*. El cielo azul que admiramos en lo alto no es más que el cúmulo de las aguas siderales, de las que apenas nos protege ese firmamento recién forjado. En cualquier momento, abriendo unas simples compuertas, pueden caer sobre la tierra y ahogarla. Y así lo hará Dios en el Diluvio.

La tierra, tras la emergencia de lo seco, flota inquieta sobre las aguas inferiores y está amenazada por las su-

periores, todas ellas caóticas, procedentes de aquel intento fallido y terrible. Por la noche, para que el peligro no se olvide, Dios pondrá luminarias en el cielo, estrellas y planetas, que alumbrarán la inmensa y desconocida profundidad de ese océano.

Y también crea Dios los grandes monstruos marinos. Y las alimañas y las serpientes.

Sí, es un universo ordenado, con sus límites y separaciones. Pero junto al orden su creador ha colocado la amenaza. Es un universo que habrá de mantenerse en un equilibrio difícil, en el que las fuerzas oscuras de la primera creación siempre estarán dispuestas a engullir a las criaturas de la segunda. En el que, de hecho, esa oposición va a determinar la vida de los seres. Su destino estará siempre marcado por la zozobra que generan opuestos en tensión. Hay bien, pero habrá que encontrarlo en un mundo malo, como Dios encontró luz en aquella oscuridad de los principios de todo.

La creación del ser humano en el día sexto no será más que la exaltación a la vida de una conciencia capaz de dar cuenta de que las cosas son así, de que el autor las ha hecho así, de que el autor es así. Sin esta conciencia espectadora, reflexiva, la obra quedaría incompleta. Sería un cuadro que nadie vería, una sinfonía guardada en un cajón, una página que se lleva el viento. Es decir, no sería una obra.

La creación del ser humano, de la conciencia cuya misión es ver, dar testimonio. *Bará, bará, bará...* He aquí el verbo hebreo que anuncia la creación por excelencia, una especie de salto cualitativo en la producción, sin materiales previos –lejísimos ya de aquel caos primigenio y de la obra fallida que desembocó en terror–, una invención salida de un rapto de la imaginación, de un éxtasis artístico. No ha habido *bará* hasta

ahora. Hasta ahora Dios dijo y Dios hizo y Dios vio. Por tres veces dice Génesis, 1 que Dios creó con su *bará* al ser humano: «Creó Dios al ser humano a imagen suya, / a imagen de Dios le creó, / macho y hembra lo creó». El texto se vuelve eco. Hay una apoteosis. Pero no de las criaturas hacia su creador, como en otros mitos y textos, cuyos cantos de alabanza y agradecimiento resuenan por el universo entero, sino del creador mismo hacia su obra. Es el creador quien ha quedado fascinado por lo que ha salido de sus manos o, mejor dicho, de su boca. Porque este Dios crea con su aliento, con su *rúah*, aunque ya no es aquel —o preferimos pensar que no lo es— que corría sobre la superficie del abismo. Ahora ese aliento es palabra articulada. Confiamos en que su procedencia se haya diluido en el tiempo, en la memoria. Aunque tampoco importa demasiado. Al fin y al cabo es la forma que tiene este autor de hacer las cosas.

Lo que importa es que estamos en el gran momento, gozne de la cosmogonía, apoteosis. Y que ese momento está señalado y subrayado por el empleo de una energía y de una voluntad que no existen más que en *bará*, el verbo de la acción absoluta: sin materiales en las manos, con la imaginación desbordada, el autor caído en un trance que no le permite saber hasta qué punto es responsable de su obra.

Es el sueño de todo creador: caer preso de su criatura, decir que la criatura le creó a él, que se volvió autónoma, que se desbocó. Ya está prefigurada la magia del Golem, aquel homúnculo de Praga que cobró vida a manos de un rabino.

La cuestión es que crea al ser humano, pero lo crea de dos maneras, «macho y hembra lo creó». Solo hay un ser humano, pero tiene dos maneras de ser. Quizá

tenga muchas más y estas dos sean solamente las visibles y primeras.

Aunque el relato bíblico ofrece dos versiones –esta primera del llamado narrador Sacerdotal o P. y una segunda del denominado Yahvista o J. que extrae a la mujer de una costilla del varón– el fondo no varía. Son dos formas y un único ser humano. No hay contradicción, ya que el sentido se mantiene. Si el ser humano es dos, no hay ninguna razón para que no haya dos relatos.

Dios crea un ser humano, pero también las dos maneras de ser lo mismo. Diríamos que su creación profunda no consiste en crear objetos ni organismos, sino en crear maneras, formas que, duplicadas, apelan a la unidad. Como los animales domésticos y los monstruos, el día y la noche, lo húmedo y lo seco, los límites y lo ilimitado, y todo ello se halla envuelto en unidades: la unidad de las bestias, del tiempo, de la Tierra, del universo.

Casi todas las cosas son al menos dos veces, dos rostros, dos figuras, dos sentidos. Da la impresión de que para que una cosa sea una tiene que ser varias. Dos como mínimo. Dos que veamos y sepamos.

¿No se puede ser uno sin ser varios? ¿No hay nada en la naturaleza que solo sea lo que significa, que solo sea su concepto o la idea que comunica o lo que pone en el carnet? La respuesta parece ser: si está vivo, no. Lo vivo son maneras, solo lo muerto muestra un semblante inalterable. Donde decimos «ser humano» debemos ver sus divergencias para poder entender que al fin es uno. Que al uno se llega, pero que no se es. De lo contrario, de «ser humano» solo vemos las letras con que está escrito.

Por ejemplo, estamos de acuerdo en que Dios, el Dios de estos *biblia*, es único. Nadie lo discute y así ha

de seguir. Sin embargo, cuando se propone crear al ser humano, dice de sí mismo otra cosa. Dice «Hagamos». Dice «Hagamos al ser humano a *nuestra* imagen, como semejanza *nuestra*». Y también dice el texto: «a imagen *suya* lo creó», a imagen de esos plurales, pues. De hecho, Elohim, el nombre que en este principio de todo se da al autor, es otro plural. El singular es Elohá. Pero Dios no es Elohá, sino Elohim. Dios es ellos, los elohim.

Se ha discutido mucho sobre si ese plural es mayestático (de majestad), si se refiere a los ángeles (que aún no han aparecido en el relato) o se trata de una fórmula estilística de algún tipo.

Ocurrencias puede haber muchas, igual que interpretaciones, pero lo que las palabras dicen es que varios crearon a varios, siendo uno cada uno. Uno que era de diferentes maneras creó a otro que era de diferentes maneras. Un universo de unos en expansión. Cambiantes. Proteicos. Lo uno y lo diverso no son contradictorios. Contradictorios somos nosotros cuando queremos que la realidad sea el currículum o el pasaporte, quitándole a lo que vive la vida y seguir llamándolo vivo.

Bien, este era el principio de todo. La historia antes de la historia que interesa. Ahora le llega el turno.

Dios decide poner al ser humano en un jardín en Edén. El Paraíso. Persa antiguo: *pairidaēza*, de donde también el griego *paradeisos*. En el Génesis para «jardín» usan la palabra *gan*, aunque más tarde, en la literatura postexílica, utilizarán algo ya reconocible, *pardes*. El latín se quedó con «hortus», de donde derivará «huerto». Luego, ya por decirlo todo, está la raíz germánica *gart*, de donde *garden* y *garten*, origen antiguo de «jardín», vía Francia.

Da igual. Paraíso, jardín, huerto vienen a significar lo mismo: un lugar cercado, separado del exterior, que

amuralla su distinción respecto de lo que hay afuera, sea lo que sea. Lugar aparte, isla, vallado, divergencia. En este caso, un lugar separado de la Creación, de aquello que el propio Dios ha hecho poco antes, de la vida y de la realidad mismas tal como fueron concebidas por una mente empeñada en crear un mundo.

Una buena pregunta es por qué decidió Elohim poner al ser humano en un lugar que le separaba de su creación. ¿No se fiaba de ella, plena de elementos caóticos, monstruos y amenazas? ¿Quería apartarlo del reverso oscuro de la imaginación que la había llevado a cabo? ¿Quería que fuese feliz y no estaba convencido de que pudiese ser feliz afuera, donde las cosas no conseguían ser lo que pretendían? Tal vez lo aisló como se aísla a un hijo, confiando en que así quede a salvo de peligros exteriores. La experiencia nos dice, sin embargo, que nadie está a salvo del dolor y de la desgracia por mucho que se proteja o se esconda. Hay cosas que te buscan precisamente en los escondrijos. Y también nos dice que a menudo el mal suele proceder del interior. Porque dentro también hay serpientes venenosas y manzanas tentadoras. Podríamos incluso concluir que el verdadero peligro siempre estuvo dentro. La ciudad, la familia, el amor, ¿no generan también su propio daño?

No es fácil escudriñar los motivos de Dios. Hay que dejarlo así: al ser humano se le adjudica un paraíso desde que nace. Parece un regalo, pero a lo mejor solo lo parece. Los paraísos suelen estar llenos de condiciones que no son fáciles de cumplir. Así que por lo general sus inquilinos acaban en la calle. Y tal vez la vida paradisíaca no sea tan apetecible como la pintan. Tenerlo todo, sin lucha, sin riesgo, es como no tener nada, pues los bocados carecen de sabor y las conquistas, de pasión. Pero hay que ser agradecidos.

Sí, están llenos de condiciones. Dios impone al ser humano una tarea y un mandamiento. La tarea consiste en que labre y cuide el jardín. Como en el capítulo siguiente le condenará a ganarse el sustento con el sudor de su frente a causa de la caída en desgracia, hemos de deducir que esto no es trabajo. O lo es de un modo especial. Es el trabajo que se hace para la belleza, es el trabajo que produce placer, plenitud. Es trabajar para el propio paraíso.

Cultivando se cultiva uno. La labor puede ser incluso más ardua y prolongada que la del obrero industrial, pero en ella el individuo crece con lo que hace. O así lo cree. Ahí, el cansancio es bendición y cada día la perspectiva mejora, la destreza se afina, el entorno se enriquece. La tarea ha resultado ser un regalo. El Paraíso es la tarea. Cuando el Paraíso no sea la tarea, la tarea será el infierno. Solo caben estas dos posibilidades.

Y ahora el mandamiento. El mandamiento es otra cosa. No es una ampliación de la experiencia, es una restricción. «De cualquier árbol del jardín puedes comer, mas del árbol de la ciencia del bien y del mal no comerás, porque el día que comieres de él, morirás sin remedio». (Gen. 2, 17). A primera vista, resulta fácil de cumplir. Lo facilitaría aún más que el ser humano fuese uno sin fisuras. Uno obediente y sin ganas de líos, por ejemplo. Pero ya sabemos que por lo menos es dos. Que es modal.

Lo cierto es que el mandamiento de Dios tiene morfología de dieta. Lo que se puede comer y lo que no. En la comida se manifiesta gran parte de la autoridad que unos individuos ejercen sobre otros, que un individuo ejerce sobre sí mismo. Es un mandato lanzado directamente sobre el cuerpo, sobre la supervivencia, sobre el placer. Quien tiene poder siempre lo ejerce sobre esas tres cosas. Decidir sobre la pura vida: he aquí la esencia de todo poder político. Dios es poder y ya lo está advirtiendo.

La dieta es poder y no solo se limita al árbol de la ciencia del bien y del mal. Con gran sutileza el dueño del jardín ha dictado antes un preámbulo que afecta también al alimento: «Yahvé hizo brotar del suelo toda clase de árboles deleitosos a la vista y buenos para comer». (Gen. 2, 9). Antes (Gen. 1, 29) ha sido más explícito: «Ved que os he dado toda hierba de semilla que existe sobre la haz de la tierra, así como todo árbol que lleva fruto de semilla; *para vosotros será de alimento*». Al ser humano se le han adjudicado explícitamente los frutos vegetales como alimento. ¿Y qué pasa con la carne de los animales? ¿Ha sido prohibida por exclusión?

A continuación de la orden de Gen. 1, 29, Dios amplía su público: «Y a todo animal terrestre, y a toda ave de los cielos y a toda sierpe de sobre la tierra, animada de vida, toda la hierba verde les doy por alimento». Los seres humanos comen semillas y los animales, hierba.

Dios invita a los humanos a poner nombre a los animales, pero de ningún modo a comerlos. Se los ofrece como entretenimiento onomástico. Los animales no son compañía adecuada, pero son nombres. Es una de las tareas del Paraíso junto a la de «sed fecundos y multiplicaos». Todo es generación: de nombres, de seres. Lo uno va con lo otro. Nombrar también es multiplicarse. La vida no se come.

Se nombra. Y de esa forma se extiende sobre la tierra que ha de ser sometida, según otro de los mandatos.

Del árbol de la ciencia del bien y del mal no comerás. Está plantado en mitad del jardín, pero el fruto no puede probarse. Porque si comes de él, mueres. ¿Por qué coloca Dios en mitad del jardín un árbol del que no se puede comer? ¿No podía haberlo puesto en otro sitio? ¿Es un árbol plantado exclusivamente para significar algo del ser humano?

Hay otro árbol raro en el jardín, es el árbol de la vida. Pero sobre él no recae ninguna prohibición. Ni ninguna explicación, al menos hasta que la historia de este lugar en Edén haya terminado. Por el momento, el ser humano come del árbol de la vida sin advertencia alguna. O sea, vive, y en el horizonte no se vislumbra la mortalidad, lo cual no quiere decir que sea inmortal. Quiere decir simplemente que por ahora, mientras coma del árbol de la vida, no morirá.

¿Y qué significa el árbol de la ciencia del bien y del mal? Lo explica la serpiente tentadora: «Dios sabe muy bien que el día que comiereis de él, se os abrirán los ojos y seréis como dioses, conocedores del bien y del mal». (Gen. 3, 5). Pero Dios no aclara nada. ¿Tiene algo que ver con el sistema de amenazas que ha ido esparciendo por su creación? ¿Incapaz de hacer algo sencillamente bueno, sin reverso? Es posible. Desde luego, conlleva una amenaza, la de morir, que no es cualquier cosa. Pero el nombre del árbol también señala un camino: el del conocimiento. Y para ser precisos, el del conocimiento del bien y del mal.

Puede que el sistema de amenazas y el problema del conocimiento no estén tan alejados. ¿Por qué dejó Dios junto a la creación de los días la oscuridad y la monstruosidad de aquel principio fallido?

¿Podemos llegar a saberlo? Quizá si comiéramos del árbol de la ciencia del bien y del mal..., pero no se puede. Solo Dios sabe. Nosotros no sabemos, no somos dioses. Es un silogismo bastante simple. Y también bastante difícil de asimilar: hay cosas que nunca llegaremos a saber. Llegar a distinguir lo que puede saberse de lo que no se sabrá nunca es la máxima de la filosofía y del saber antiguos. Pero si insistieron tanto –y la Biblia es un caso de insistencia machacona– es porque resultaba duro de aprender.

La amenaza misteriosa se ha quedado en la creación para indicarnos lo que nunca llegaremos a saber. Para indicarnos que de algunas cosas moriremos ignorándolo todo. Es como mirar el firmamento infinito de una noche infinita. ¿Qué sabemos? Nada. ¿Qué llegaremos a saber? Nada. Pero si comiéramos de ese fruto..., moriríamos.

El conocimiento, ese problema. Pasión, peligro. Búsqueda enloquecida del sentido, voluntad desbordada, resultados pobres. *Ars longa vita brevis*.

Aun así, ¿por qué del bien y del mal? ¿Es que no podemos saber nada del bien y del mal? Porque si se trata de lo que es bueno para cada uno, alguna noción tenemos. Por ejemplo, hay cosas buenas que necesitamos conocer, aunque solo sea para sobrevivir: dar nombre a las cosas, cultivar la tierra, disponer de compañía adecuada, procrear y educar a la prole, distinguir lo que puede comerse de lo que no. De hecho, en este ámbito, Dios es una inspiración y como tal se comporta.

También hay otras cosas buenas sobre las que sí creemos saber algo. Sabemos que ser rico, por ejemplo, es bueno: no se pasa necesidad, no estás todo el día pensando en ganarte la vida o perdiéndola mientras la ganas. Tener salud y no sufrir dolores físicos o emocionales también lo es: no estás atrapado en tu cuerpo o en tu mente, la muerte no está tan presente, no vives escondiéndote del sufrimiento. Amar y ser correspondido también es una cosa buena: alivia la soledad, da sentido al mundo, eres mejor que cuando no había amor.

Sin embargo, ser rico en un mundo de pobres es desolador, peligroso y solitario. Y si nunca jamás sufres carencias materiales, ¿cómo puedes dar valor a lo que tienes? Además, ser rico no evita males, sino que los convoca: amigos y amores interesados, temor a perder

lo que se tiene, el resentimiento de los que se sienten tratados injustamente por la fortuna, prevenciones sociales constantes, etc. Por no hablar de que un individuo que está permanentemente por encima de la lucha material por la vida, que apenas es capaz de prestar atención a la supervivencia, puede dar la impresión de ser idiota, de vivir ensimismado en su idiotez (en sentido griego, *idiotes*: dedicación exclusiva a lo propio).

¿Y el dolor? Bueno, el dolor es la base de la empatía. Reconozco al que sufre por mi propio dolor. Además, Esquilo dice que Zeus enseñó a los seres humanos con toda la fuerza de su ley que del dolor se aprende: *páthei máthos*. No dijo mucho más. Habrá que volver sobre esto, pero el dolor es indudablemente una de las estructuras de la vida. Una alta jerarquía en la construcción del carácter individual. El dolor afirma sus pies en la tierra, evalúa sin fantasía, es radicalmente práctico. En todo esfuerzo hay dolor, en todo deseo, en toda esperanza..., y en toda felicidad, asentada sobre la memoria de la pena. El dolor es el contraste de nuestros logros y también de nuestras pérdidas. Nos convertimos en nosotros mismos cuando algo nos es concedido o cuando algo nos es arrebatado, escribió una poeta. Nos convertimos..., ese dolor de toda metamorfosis.

Qué decir del amor. Nada, porque está todo dicho y escrito. Un paseo por el filo de la muerte. No hay amor que no esté en peligro. Y ninguno de esos peligros excluye la muerte: esa moneda de cambio del amor.

Ser rico, tener salud, amar: la realidad es ambigua. Nos da regalos envenenados, pero que son regalos, y veneno para crecer, que acabará matándonos. No sabemos cuándo son buenos, cuándo nos los arrebatarán para sumirnos en la tristeza. Ni si haremos con ellos algo bueno o adelantarán nuestro fin.

Así que de estas cosas, que se elevan apenas el grueso de un hilo por encima de la pura supervivencia, apenas sabemos nada consistentemente.

La propia vida cotidiana está cargada de ambigüedad o de misterio. Una ruptura, una pérdida, un fracaso, una promesa incumplida, un error: solo de vez en cuando encontramos el verdadero motivo, la causa eficiente, la explicación total.

¿Y de las cosas que están en lo alto?: qué pasa tras la muerte, por qué morimos, cuál es el límite del universo, si hay otros mundos como el nuestro, para qué vivimos, si es posible una sociedad feliz, por qué existe el mal, etc. De esas, nada. Solo lo que inventamos o de lo que nos convencemos. Y con frecuencia esas invenciones o esas mentiras se convierten en armas de destrucción contra los demás: dioses, naciones, emperadores, profetas, textos sagrados erigiéndose en la verdad verdadera, en la verdad genocida.

¿Puede que Dios sepa que lo único que puede acabar con el Paraíso es esa sed maligna que intenta conocer lo que jamás llegará a saber?

¿Que el árbol esté ahí no solo como tentación para nuestros primeros padres, sino como advertencia para toda la humanidad posterior? ¿Que no sea un monstruo, un apéndice de la creación dual, una amenaza, sino una clara y limpia ley para los que quieren ser felices? Las naciones y los individuos se destruyen de la misma manera: preguntándose angustiosamente por aquello de lo que no recibirán respuesta, ya sea referente al Cielo o referente a un amor desgraciado. En ambos casos, la vida deja de tener valor. El único valor lo alcanza la respuesta que nunca llegará.

Distinguir lo que puede llegar a saberse de lo que no se sabrá nunca..., esa es la única cima que alcanzare-

mos. Y no será fácil. Sobre esto tampoco hay que hacerse ilusiones.

La soberbia es un pecado de falsa sabiduría, de quien se atreve a explicar lo inexplicable. Los dioses, todos los dioses, lo castigan con saña.

El sabio falso busca poder. Quienes creen saber lo que no puede saberse buscan controlar y mandar. El verbo que conjuga ambas facetas, conocimiento y poder, es precisamente el que usa el Génesis: *yadá*. Conocer y tener poder, incluso sobre sí mismos, autónomos del mundo, del azar, de la vicisitud, de la existencia de los demás. Al fin y al cabo, ¿no es la independencia de Dios lo que la serpiente le ofrece a Eva? Mi bien y mi mal son cosa mía y solo mía. Ya no soy criatura, sino creador de mí mismo. Yo decido qué es el bien y qué es el mal. A mi imagen y semejanza.

Y entonces la muerte acecha. La muerte en vida, esa presencia. Esa caída. Vamos muriendo. En el fondo, quien mata y vuelve mortal al ser humano es el propio ser humano. Una de sus formas de ser coge el fruto y come de él, y la otra forma lo acepta y lo muerde.

Y así introducen el tiempo junto al sentimiento de muerte. Y también introducen el espacio, porque han perdido uno y habrán de conquistar otro. Los dos ejes de la vida humana, la geometría en la que se refleja la precariedad de la vida humana: el espacio y el tiempo. A los que hemos sido expulsados.

El árbol de la ciencia del bien y del mal no era una prohibición con su estela de castigos y lamentos. Era un regalo, el regalo máspreciado del Paraíso. Adán y Eva se dan cuenta enseguida, y la vergüenza de su error los hace sentirse desnudos. Vergüenza es lo que se siente cuando uno, pretendiendo ser más de lo que es, termina por mérito propio en la indigencia. Esa soberbia del

alma harapienta reflejada en el espejo, que causa la desgracia ya irreparable y la aleja de quien la ha querido bien. Nos gustaría ocultarnos, pero sobre todo ocultarnos de nosotros mismos. Pero no hay lugar en el que uno pueda ocultarse de sí mismo.

Yahvé Dios, en un gesto triste, y tras haber maldecido a la especie humana, «hizo para el hombre y la mujer túnicas de piel y los vistió». La rabia los maldijo. La pena por la forma en que acababa todo obtuvo para nuestros padres una última caricia de su creador. Luego, «habiendo expulsado al ser humano, puso querubines delante del jardín de Edén, y la llama de espada vibrante, para guardar el camino del árbol de la vida».

Opus:

El relato de Adán y Eva en el Paraíso es una narración yahvista, es decir, obra del narrador conocido como J por su uso del nombre de Yahvé. Fue escrita hacia el siglo VII a. n. e. y se encuentra en el Antiguo Testamento, entre Génesis 2, 8 y Génesis 4. Aquí hemos utilizado la traducción de la Biblia de Jerusalén.

Del texto sale la famosa maldición de Yahvé contra el ser humano, que iría adquiriendo la forma doctrinal del pecado original. De tal modo, la humanidad nace en pecado y solo la gracia divina puede redimirla, pues su naturaleza es frágil, además de culpable. La culpa, el pecado, el pesimismo antropológico subyacente se asentaron en la exégesis bíblica y en el imaginario colectivo como los temas principales.

Sin embargo, la fuerza ética que emanaba del relato y sus precisas advertencias para una vida buena han pasado históricamente desapercibidas.